



EDITORIAL

Dolor y esperanza

Los chilenos de esta generación y de las que nos sigan compartiremos la convicción que este fue el año del reencuentro de 28 mil de nuestros compatriotas con su dignidad escamoteada: el informe de la Comisión Valech nos enfrentó con el oprobio de la prisión política y la tortura institucionalizada durante la dictadura de Pinochet.

Esa inmensa verdad está contribuyendo a que nuestro camino a la reconciliación avance sobre bases sólidas. Los que desde las primeras horas denunciaron a todos los que los quisieron escuchar tienen la certeza que su acción humanitaria no fue en vano. Quienes ahora conocen -o dicen recién enterarse- tienen una oportunidad más de enmendar.

Nos ha costado mucho que la verdad se abra paso. Pero desde que recuperamos nuestras libertades hemos ido saldando la deuda con cada uno de los avasallados: los ejecutados políticos, los detenidos desaparecidos, los exonerados políticos y los miles que debieron marchar al destierro.

Las Fuerzas Armadas -con sus propios ritmos institucionales- han admitido la veracidad de los hechos y la responsabilidad que les cupo en la masiva violación de los derechos humanos. Una nueva generación de altos mandos -distanciada ya de la rémora pinochetista- asumió el solemne compromiso de que nunca más se violentará la dignidad de las personas. Hay en estos propósitos una convicción que contrasta con la ambigüedad de los sectores civiles de la derecha que apoyaron la dictadura.

Podemos tener confianza en el futuro. Nuestra cohesión social se está recreando en la verdad dolorosa de nuestro pasado, la reparación y la justicia.

Podemos tener confianza en el futuro. Nuestra cohesión social se está recreando en la verdad dolorosa de nuestro pasado, la reparación y la justicia.

2004 también está marcado por el dolor en el mundo. El pesar por los muertos en Madrid o en Beslan devastó a los hombres y mujeres que creen en la libertad y la dignidad. Esos megaatentados -transmitidos en tiempo real a casi todos los rincones del mundo, como hace tres años en Nueva York- abren una nueva dimensión del sufrimiento: globalizado e instantáneo, que

permite comprender el sentido universal de la dignidad humana. ¡Todos estuvimos en la estación de Atocha y en el gimnasio de la escuela de Osetia del Norte a la hora del desquiciamiento!

Hemos robustecido nuestro convencimiento de que ninguna causa justifica -ni menos explica- el uso del terror y la muerte como medios para resolver las controversias.

Por esto, los desplazados por las guerras en Darfur, el Congo, Afganistán o por la invasión de Irak tienen rostros definidos: mujeres, jóvenes y niños desencajados por la impotencia.

Como los de estos últimos días, que marcarán la historia mundial. Somos los que deberemos transmitir a las futuras generaciones el pavor del cataclismo como nunca había ocurrido. Y cómo hicimos para reparar un sufrimiento inédito.

Este año comenzó con la buena nueva de que por primera vez científicos clonaron embriones humanos para crear células madres que -en teoría- pueden transformarse en cualquier tejido del organismo con fines terapéuticos para males tan devastadores como el Alzheimer o el mal de Parkinson. Pero lo terminamos verificando que una inmensa parte de la humanidad sigue viviendo en la inopia, y el sufrimiento.